







El Corsé Parisien. Esta casa confecciona a la medida mas de cien modelos variados...

ALMIDON MARCA EL LEON. FÁBRICA DE ALMIDON EN TODAS PARTES. OFICINA CENTRAL: TORRE, 4, DEPÓSITO MADRID.

La Hidráulica Mureciana. GRAN FÁBRICA DE MOSAICOS HIDRAULICOS PERFECCIONADOS DE JUAN BERNAL GONZALEZ (MURCIA) PALMAR.

Clinica privada. Dr. CLAUDIO HERNÁNDEZ ROS. OPERACIONES QUIRÚRGICAS. Asistencia a los operados hasta su curación.

Almacén de Carbones del Barrio. Carbon fuerte del país, revuelto con encina, arroba, 1'50 pesetas...

Salón de EL LIBERAL. Pascual Orozco Sanz. Centro general de suscripciones. Venta de libros y periódicos.

Depilatorio VENUS. No tiene rival para la desaparición del vello y suavizar el cutis...

Vapores Trasatlánticos de A. Foich y C. (Sociedad en Comandita). Línea de las Antillas.

Puerto Rico. Admitiendo carga y pasaje para dichos puntos y tambien para Canarias, Santo Domingo y San Pedro de Macoris.

José Gallart. Informará su consignario.

PERDIDA. Anoche a las ocho y media se ha perdido un bolsillo en la puerta de la fábrica de hilatura de los Sres. García...

Está en venta una remesa de papel usado en muy buenas condiciones. Para informes dirigirse: Crédito Público, número 1.

AMA DE CRIA, para su casa, leche de ocho días, edad 24 años. Razón en la Era Alta, preguntando por Dionisio Blanco en la calle de Amores.

AMA DE CRIA, para casa de los padres, leche de dos meses, primeriza, edad 19 años, soltera. Razón calle del Cigaral, número 9, preguntando por Josefa Godínez.

Esquelas mortuorias y de aniversario. Se reciben avisos en la Administración de este periódico. Precios convencionales.

EL Liberal TARIFAS DE PUBLICIDAD MADRID. Notas útiles... 2,00 pesetas línea. Noticias... 3,00. Reclamos... 1,50. Anuncios, cuarta página... 0,50.

Viuda de Emilio Gironés. FRENERIA, 35. Azulejos, pavimentos, borras y demás artículos de albañilería a precios módicos.

Compañía Valenciana de Navegación. Línea regular de grandes vapores entre España, Francia é Italia. BUQUES DE LA COMPAÑIA: Dénia, Martos, Grao, Cabañal, Játiva, Alcira y Sagunto.

RAFAEL ARQUES. Consignatario en Cartagena.

ANUNCIOS. Reclamos y noticias para los periódicos de Madrid, provincias y extranjero, se reciben en la SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA, calle de ALCALÁ, 6 Y 8, ENT.º

PRÉSTAMOS. Calle de las Balsas, esquina San Antonio.

Farbentabrken vorm. Fredr. Bayer & Co. ELBERFELD (Alemania).

Somatose. Un polvo insípido y fácilmente soluble en el agua, conteniendo exclusivamente las sustancias nutritivas de la carne. Remedio reconstituyente de primer orden para las personas debilitadas por nutrición deficiente...

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE. El remedio para las ENFERMEDADES DE PECHO más efecaz (las TOSES RESIENTES y ANTIGUAS para curar las BRONQUITIS CRÓNICAS).

Agencia Internacional de Anuncios Haenstein y Vogler. Calle Fernando VII, 2.-Barcelona. Se encarga de la inserción de anuncios en todos los periódicos, revistas, etc., de España y del extranjero...

ANUSOL. SUPOSITORIOS CONTRA LOS DOLORES HEMORROIDALES. Curación pronta y radical de las HEMORROIDES (almorranas).

LA GRESHAM. COMPANIA INGLESA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA. Establecida en Londres en 1848 y en España desde 1882.

La Gresham tiene constituido el Depósito exigido por las leyes fiscales vigentes, como garantía para sus Asegurados en España. Los progresos realizados por La Gresham se demuestran con la relación de los Activos totales al final de cada uno de los periodos siguientes:

PÍLDORAS BRANDRETH. Puramente Vegetales. Siempre eficaces. Curan Estreñimientos crónicos. Las Píldoras Brandreth purifican la sangre, corroboran la digestión y limpian el estómago é intestinos.

Cerveza EL AGUILA. Marcas ALEMANA (tipo Munich) y DORADA (tipo Pilsen). De venta para Murcia y su provincia, excepto Cartagena, en la Droguería Industrial de FARDO y C.ª, PUXMARINA, 6; MURCIA.

El CONDE de MONTECRISTO. POR ALEJANDRO DUMAS. —¡Ahl!—dijo Benedetto, rebotando alegría. En aquel momento se abrió la puerta, presentóse el carcelero, y dirigiéndose á Bertuccio, le dijo: —Escuchadme, caballero; el juez de instrucción espera al reo.

—¡Ahl!—dijo Benedetto, rebotando alegría. En aquel momento se abrió la puerta, presentóse el carcelero, y dirigiéndose á Bertuccio, le dijo: —Escuchadme, caballero; el juez de instrucción espera al reo. —Es el final de mi interrogatorio—dijo Andrés.—Llévete el diablo al importuno! —Volveré mañana—le dijo Bertuccio. —Bien—respondió Andrés—señores gendarmes, estoy á vuestra disposición. ¡Ahl! Mi estimable señor, dejad algún dinero en la escribanía, para que me den lo que necesite. —Lo haré—dijo Bertuccio. Andrés le alargó la mano, Bertuccio metió la suya en el bolsillo, é hizo sonar dinero. —Eso es lo que quería decir—dijo Andrés procurando imitar una sonrisa; pero subyugado por la extraña impasibilidad de Bertuccio. —¿Me habré engañado?—se dijo al subir en el carruaje que debía conducirlo al gabinete del juez. —Hasta mañana, pues—añadió volviéndose á Bertuccio. —Hasta mañana respondió el intendente.

bien sorprendente para todos los que recordaban la afección profunda que profesaba á Valentina. Mr. de Villefort no había vuelto á ver al anciano desde la mañana de esta muerte. Toda la casa se había renovado, toméase otro criado para él, otro para Noirtier; entraron dos mujeres al servicio de madame Villefort; todos, hasta el mayordomo, el cochero, ofrecían un aspecto distinto entre los diferentes señores de esta casa maldita, interponiéndose entre las frías relaciones que entre ellos existían. Per otra parte, el Jurado se abrió dentro de dos ó tres días, y Villefort, encerrado en su gabinete, proseguía con una actividad febril los procedimientos contra el asesino de Caderousse. Este asunto, como aquellos en que el conde de Montecristo se hallaba envuelto, había hecho gran ruido en el mundo parisiense. Las pruebas no eran conviccentes, puesto que reposaban en algunas palabras escritas por un presidiario moribundo, antiguo compañero de reclusión de un hombre á quien podía acusar por odio ó por venganza; el convencimiento solo existía en la conciencia del magistrado; el procurador del rey había acabado por adquirir la terrible convicción de que Benedetto era culpable, y debía sacar de esta difícil victoria una de las satisfacciones de amor propio, únicas que conmovían un poco las fibras de su corazón helado. Instruíase, pues, el proceso, gracias al trabajo incesante de Villefort, que quería inaugurar el próximo Jurado de Assises. Véase precisado á ocultarse para evitar el responder al número prodigioso de demandas de billetes de audiencias que se le hacían. Hacía poco tiempo que la pobre Valentina había sido depositada en el sepulcro, estaba aún tan reciente el dolor de la casa, que nadie se admiraba de ver al padre tan sumamente absorbido en sus deberes, es

decir, en la única distracción que podía hallar á sus pesares. Una sola vez, la víspera del día en que Benedetto había recibido la segunda visita de Bertuccio, en que éste debía haber dado el nombre de su padre, la víspera de este día, que era domingo, una sola vez, decimos, Villefort había apercibido á su padre; era un momento en que el magistrado, rendido de fatiga, había bajado al jardín de su casa; y sombrío, encajado bajo el peso de un tenaz pensamiento, parecido á Tarquino dando con su vara en las cabezas de las adormideras mas elevadas, Mr. de Villefort daba con su bastón en los largos y macilentos tallos de las enredaderas que se enlazaban por los pilares como los espectros de estas flores tan brillantes en la estación que concluía. Más de una vez había llegado al fondo del jardín, es decir, á la famosa verja que daba sobre el cercado abandonado, volviendo siempre por el mismo punto, y emprendiendo su paseo del propio modo y con igual semblante, cuando sus ojos se dirigieron maquinalmente hacía la casa, en la cual oía jugar alegremente á su hijo, vuelto de la pensión para pasar el domingo y el lunes cerca de su madre. A este movimiento vió en una de las ventanas abiertas á Mr. Noirtier, que se había hecho arrastar en su silla de mano hasta ella, para gozar de los últimos rayos del sol, aún tibio, que venían á saludar las flores naustias de las enredaderas y las hojas de las parras que tapizaban el edificio. El ojo del anciano estaba fijo, por decirlo así, sobre un punto que Villefort veía imperfectamente. Esta mirada de Noirtier era tan repugnante, tan salvaje, tan ardiente de impaciencia, que el procurador del rey, hábil para aprovechar todas las impresiones de un rostro que tan bien conocía, dirigió á otro punto la vista por si distinguía la cosa ó persona á que aquella se dirigía.

Entonces vió bajo un bosque de tilos, cuyas ramas estaban ya casi sin hojas, á Mad. de Villefort, que sentada y con un libro en la mano, interrumpida de cuando en cuando su lectura para sonreír á su hijo y devolverle una pelota que lanzaba obstinadamente desde el salón al jardín. Villefort palideció, porque comprendió lo que quería decir el anciano. Noirtier miraba siempre al mismo objeto; pero pronto separó la vista de la mujer para fijarla en el marido, y Villefort tuvo que sufrir el ataque de aquellos ojos aterradores, que al cambiar de objeto habían también cambiado de lenguaje, sin perder nada de su expresión amenazadora. Madame de Villefort, ignorante de la tempestad que se formaba sobre su cabeza, retenía en aquel momento la pelota del chico y le hizo señas de que viniese á buscarla con un beso; pero Eduardo se hizo de rogar por mucho tiempo: la caricia maternal no le parecía suficiente recompensa para el trabajo que iba á tomarse; finalmente se decidió, saltó, por la ventana y corrió á madame de Villefort con la frente cubierta de sudor; ¡jugósele ésta, puse en ella sus labios y le dejó ir con la pelota en una mano y en la otra una puñalada de dulces. Villefort, atraído como el pájaro por la serpiente, se acercó á la casa, y mientras más se adelantaba hacia ella, la mirada del anciano se bajaba, siguiéndole de tal modo, que le penetraba hasta lo más recóndito del corazón. Aquella mirada era un sangriento vituperio al mismo tiempo que una terrible amenaza. Los ojos de Noirtier se levantaron al cielo como recordando á su hijo el olvido de su juramento. —Está bien, señor, está bien; tened paciencia; ¡quiera un día; lo dicho, dicho. Con lo que pareció que aquellas palabras habían